

LAS FÁBULAS LITERARIAS DE IRIARTE: ¿UN CLÁSICO REACTUALIZADO DE LA LITERATURA INFANTIL?

SYLVIE IMPARATO-PRIEUR

Universidad Paul-Valéry Montpellier III

El éxito de Tomás de Iriarte y sus *Fábulas literarias* resulta innegable, por lo menos entre los conocedores de la literatura y entre las personas mayores, porque cuando se pregunta a un joven hoy en día si conoce dichas fábulas, resulta sorprendente comprobar que es a Esopo a quien citan espontáneamente las jóvenes generaciones. Frente a esa dicotomía aparente entre la representatividad de Iriarte en las historias de la literatura y la realidad actual de sus fábulas, decidí dedicar este trabajo a la trayectoria de las *Fábulas*, como lectura privada común y como fuente didáctica. Si no cabe lugar a dudas de que en el pasado las *Fábulas literarias* eran un clásico de la literatura, cabría ver si aún lo son hoy en día, así como su dimensión didáctica, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta hoy en día. Teniendo en cuenta la amplitud temporal, no cabe duda que no pretendo sino sugerir algunas pistas de reflexión, que podrían ser completadas.

¿Las *Fábulas literarias* como clásico de la literatura infantil?

En su Advertencia del Editor (1782), Iriarte precisaba que se dirigía a un doble público: aquellos adultos que podían sentir interés por la materia literaria (escritores) y los jóvenes que “se inclinen al arte métrica castellana” (Iriarte, 1998: 114), es decir, los jóvenes estudiantes. No

se trata precisamente de un público infantil, a pesar de lo que escribe Carmen Bravo-Villasante: “los ministros y nobles ilustrados encargan a los escritores que escriban con destino a los niños. Así, por encargo de Floridablanca (1782), don Tomás de Iriarte (1750-1791), escribe unas *Fábulas literarias*, que acaban con una moraleja, como era costumbre en el género fabulístico” (Iriarte, 1980: 61), afirmación que no halla confirmación en ningún otro estudio de los que hemos consultado. Aunque el público apuntado no era el infantil, no cabe duda que, muy rápidamente, se utilizaron estas fábulas tal como se hacía con otras (Esopo, Fedro o Samaniego) y se dieron ediciones o más bien selecciones o antologías en las que aparecían unas fábulas de Iriarte junto a otras muchas.

Para saber si la selección se dirige a los niños, pueden apuntarse varias características: la publicación no integral de las fábulas, el prólogo, cuando lo hay, en el que se precisa el público al que se dirige la edición, y por supuesto, la presencia de ilustraciones.

Siguiendo estos criterios, he destacado tres ediciones. La primera viene compuesta por dos libritos, publicados en 1917, bajo el título general de *Poesías castellanas para los niños*. Montaner, quien coleccionó esas poesías, justifica su elección en los términos siguientes:

“El intento nobilísimo de hacer una biblioteca destinada a los niños, hace difícil la selección de poesías de los autores clásicos. Nuestros poetas, hasta el siglo XIX, no escribieron obrillas tan puras y claras como la inteligencia de los niños requiere” (MONTANER, 1917: 7).

De allí la elección drástica efectuada. Cabe subrayar que el primer volumen recopila “los clásicos”, mientras que el segundo reagrupa “las fábulas”. Ya en el primer volumen, tenemos una fábula de Iriarte “El burro flautista”, y en el segundo volumen, encontramos 17 fábulas de Iriarte¹ (nueve para Samaniego), sin ninguna moraleja en prosa, aunque los últimos versos de algunas de las fábulas vengan escritos en negrita. Tres de estas fábulas (El pato y la serpiente, El asno y su amo y Los

(1) Lista de las fábulas que aparecen en esta edición: El Pato y la serpiente; El Oso, la mona y el cerdo; El burro flautista; El gusano de seda y la araña; El jilguero y el cisne; La abeja y el cuclillo; El ratón y el gato; El lobo y el pastor; El asno y su amo; La oruga y la zorra; El té y la salvia; El cazador y el hurón; El gallo, el cerdo y el cordero; Los huevos; El pedernal y el eslabón; El volatín y su maestro; La ardilla y el caballo.

huevos) vienen ilustradas con una viñeta en blanco y negro. El dibujo, muy sencillo, con pocos detalles remite directamente al título de la fábula. Los animales son representados de manera realista, no personificados, y su objetivo es amenizar la lectura. Se propone ofrecer a los niños un libro de lectura que sea agradable y divertido, además de permitir el acceso a una cultura literaria considerada como básica. Bien se nota con esta edición que Iriarte se ha convertido, por lo menos a principios del siglo XX, en un clásico de la literatura infantil de entretenimiento, a la vez que aparece como una muestra de la buena poesía española, en el género de la fábula.

Esta dimensión de entretenimiento se confirma cuando se considera la selección de las fábulas de Iriarte y Samaniego, llevada a cabo por la editorial Lucero, e ilustrada por el dibujante catalán Joan Junceda, en 1940, en cuyo análisis voy a detenerme. El título completo es *Las mejores fábulas de Iriarte y Samaniego*, y la portada ofrece una ilustración con colores primarios chillones (las del interior están en blanco y negro) que representa a tres animales personificados, vestidos con elegancia: un cigarrón, una mona y una hormiga (como mascota). El conjunto de la ilustración resulta agradable y llamativo, y sitúan de inmediato al lector en el mundo de los cuentos, de la fantasía, en el que los animales hablan y actúan como seres humanos.

Encontramos el mismo cigarrón en la ilustración de la primera fábula (El elefante y el león), y una mona muy parecida en la ilustración de la fábula 3 (El oso, la mona y el cerdo). Esto indica que el dibujo de la portada viene a ilustrar de hecho las fábulas de Iriarte, que son las que inician el conjunto. Las 16 fábulas de Iriarte seleccionadas² son las menos literarias y todas vienen ilustradas por unos dibujos que representan a animales personificados de manera divertida (así, la araña es representada como una vieja, casi una bruja, de nariz y barba puntiagudas y con una pañoleta). Las ilustraciones son en conjunto sobrias y explícitas y no cabe duda que tienen una finalidad didáctica: ayudan al niño a entender

(2) Lista de las fábulas: El Elefante y otros animales; El Gusano de seda y la Araña; El Oso, la Mona y el cerdo; El Burro flautista; Los dos Conejos; Los huevos; El Jilguero y el Cisne; La Mona; El Cuervo y el Pavo; La compra del Asno; El Buey y la Cigarra; El pedernal y el eslabón; La discordia de los relojes; El volatín y su maestro; La Rana y la Gallina; La Vibora y la Sanguijuela.

el sentido a veces complejo de las fábulas. Rodean el texto de la fábula y representan los diferentes momentos de la narración. Las facciones de los personajes concretan en unos pocos rasgos la nota dominante de su carácter. La ropa que llevan los animales y personajes parece ser de estilo dieciochesco, lo que significa que no hay actualización de las fábulas: los dibujos, al representar a los personajes en la época del autor, sugieren que estas fábulas son como un testimonio del pasado. Más allá del placer de la lectura y de los dibujos, se trata de ofrecer a los niños la posibilidad de apreciar unas obras que forman parte de su patrimonio literario. Para facilitar el acceso a lo que es presentado en la nota preliminar como “un tesoro de la literatura castellana”, las fábulas escogidas son aquellas cuya comprensión es más inmediata, y cuya moraleja resulta menos literaria, más adecuada a la educación moral de los niños, y de hecho la nota preliminar (que funciona como un prólogo) es muy reveladora de las implicaciones de esa edición (1940: 1-2):

“Ofrecemos hoy a los niños españoles una páginas que no necesitan presentación, ya que su crédito pedagógico es casi dos veces centenario. [...] Durante más de siglo y medio las generaciones de jóvenes españoles se han instruido en estas hermosas páginas morales, que constituyen uno de los tesoros de la literatura castellana. Al publicarlas de nuevo, aspiramos patrióticamente a que no se interrumpa esa fecunda continuidad”.

Queda claro que el objetivo es múltiple: ofrecer a los niños unas lecturas sencillas y divertidas, pero también, y sobre todo, inscribirse en una continuidad intelectual, ofreciendo una cultura común castellana a los niños. No olvidemos que la editorial era catalana, y que el dibujante había colaborado en el semanario satírico en catalán “Cu-Cut!” y en el semanario infantil “En Patufet”, hasta 1938, fecha en la que se prohibieron las publicaciones en catalán. Quizás explique esto el adverbio “patrióticamente” que finaliza la cita: bien se nota en eso la voluntad de normalizar la educación de los niños catalanes, incluyéndolos en el grupo de los niños españoles. Se podría hablar de una recuperación política de las fábulas de Iriarte (y de Samaniego, por supuesto) presentadas como cultura común imprescindible en la España franquista, lo que vendría confirmado por la publicación en la *Revista nacional de Educación*, número de septiembre de 1941, de un artículo de José María de Cossío, titulado “Las fábulas literarias de Iriarte” (1941: 53-64). El autor insiste ahí en las enseñanzas que se pueden sacar de las fábulas para los niños: doctrina literaria, rasgos de costumbres y exotismo son los títulos de

las diferentes partes de su contribución. El primer punto es evidente y se inscribe en la finalidad primera de las fábulas. Más interesante es el segundo aspecto “rasgos de costumbres”, que sugiere una lectura realista (si no costumbrista) de las fábulas: estas proporcionan un testimonio del pasado, y así, se ofrece también indirectamente este pasado como modelo (no olvidemos que el siglo XVIII es el de la centralización borbónica) para las jóvenes generaciones. El exotismo al que Cossío alude a continuación es lo que los hombres del dieciocho percibían como diferente de su propia realidad, es decir que para Cossío, las fábulas podrían ser reveladoras de una manera de pensar la identidad hispana y la realidad ajena. En un contexto como el de los primeros años del franquismo, en los que se trataba de borrar las culturas y los idiomas no castellanos, las fábulas de Iriarte y Samaniego podían ofrecer una imagen positiva de un pasado idealizado. De allí pues que las fábulas de Iriarte puedan ser consideradas como clásicos de la literatura infantil, en el período franquista, por su interés literario, evidentemente, pero sobre todo como una manera de uniformizar la cultura, exaltando una forma literaria que permitía difundir la visión de un pasado común, así como unos valores morales positivos para los jóvenes.

En fin, las fábulas vienen presentadas en verso, sin la moraleja literaria, lo que puede verse como una voluntad de ensanchar el alcance moral de las fábulas. Además del respeto al texto de origen, muestra que en los años 40, los niños eran capaces de entender y apreciar fábulas en verso, y que se confiaba en las virtudes de la memorización.

Para terminar ese rápido recorrido por las ediciones para niños de las fábulas, podríamos detenernos ahora en una selección titulada *Fábulas de oro* y publicada en 2003. Ofrece un conjunto de 64 fábulas de Samaniego, Fedro, La Fontaine, Esopo e Iriarte (se presenta a los autores según ese orden). 19 son fábulas de Iriarte, que no son las versiones originales en verso sino adaptaciones en prosa, completadas por una pequeña moraleja que aparece destacada al final de la fábula³.

(3) Lista de fábulas: El asno y su amo; Los dos huéspedes; El jilguero y el cisne; El papagayo, el tordo y la marica; La rana y el renacuajo; La abeja y los zánganos; El caminante y el burro de alquiler; El manguito, el abanico y el quitasol; El topo y otros animales; Los cuatro lisiados; El pollo y los dos gallos; Los dos conejos; El pato y la serpiente; El jardinero y su amo; La ardilla y el caballo; El cuervo y el pato; El burro flautista; El oso, la mona y el puerco; El lobo y el pastor.

El libro viene amenizado por una serie de ilustraciones a todo color. La portada, dorada, muestra en el centro un libro abierto, del que se escapan tres hojas, en una de las cuales puede leerse “Tomás de Iriarte”. Otra viene en blanco y la última lleva escrito algo que resulta ilegible. También salen del libro una serie de letras que constituyen un alfabeto, el cual viene a rodear todo el dibujo. Junto a la hoja en que se lee Iriarte, vemos a un burro, de pie (aunque no vestido), que parece bailar al compás de una flauta, clara alusión al “burro flautista”, sin duda la más famosa de las fábulas de Iriarte. A su lado se halla una marica (alusión a la fábula, también de Iriarte, “El papagayo, el tordo y la marica”). Del conjunto se desprende una sensación de fantasía, la visión de un mundo mágico en el que los animales leen, tocan música y bailan, y el libro mostrado abierto invita a hacer lo mismo con estas fábulas, a penetrar en su mundo imaginario, presentado como maravilloso, a un mundo lleno de posibilidades para el niño. Me parece que aquí las fábulas sirven para atraer al niño hacia el mundo de la lectura, poniendo de relieve el poder de la imaginación. Una muestra de eso es que no hay ninguna nota o prólogo para recalcar el carácter didáctico de las fábulas, tan sólo en la portada posterior, aparecen unas cuantas frases que lo sugieren: “Una valiosa recreación de cuentos llenos de fantasía, sabiduría popular e ingenio a raudales”.

Muestra esto que el didactismo moral no es el objetivo principal, antes se trata de ofrecer a los niños lo que es considerado por los editores como una cultura literaria infantil básica, pero recreada para ser más asequible para los niños, y para que disfruten del placer de la lectura.

Si comparamos las tres selecciones infantiles de las fábulas, llama la atención que solo tres fábulas comunes aparecen: El oso, la mona y el cerdo (el puerco en la edición de 2003, lo que señala una adaptación al lenguaje usual moderno), El burro flautista y El jilguero y el cisne, que son seguramente las más sencillas, las más divertidas y aquellas cuya moraleja es más directamente comprensible y aplicable por un niño.

A pesar de sus diferencias formales y de sus propósitos ideológicos, me parece sin embargo que hay un criterio común en las dos últimas ediciones, y es que ambas nos presentan las fábulas como cuentos, que deben despertar la imaginación del niño, más allá de las implicaciones didácticas, algo que no tenemos en la edición de 1917, donde lo importante parece ser el concocimiento de un canon literario.

Para terminar sobre este aspecto, aunque en los catálogos de diferentes editoriales dedicadas a literatura infantil aparecen varias ediciones de las *Fábulas* de Iriarte, resulta muy difícil conseguirlas. En las librerías no se hallan ejemplares, lo que puede indicar que tales fábulas ya no corresponden con la demanda del público. Esto viene confirmado por su ausencia en las bibliotecas para niños, donde si se encuentran ejemplares de las fábulas de Esopo o La Fontaine (se trata siempre de adaptaciones en prosa), lo que puede sugerir que no es la fábula como género lo que goza de poca fama, sino las fábulas en verso. Además, en una selección para bibliotecas infantiles y juveniles, de los mil libros sugeridos, ninguno es un conjunto de fábulas. Solo encontramos *La oveja negra y demás fábulas*, de Augusto Monterroso (*Mil libros*, 1996: ficha 609), aconsejada a los niños entre 12 y 14 años. La ficha que acompaña este título parece reveladora de la percepción de las fábulas hoy en día: “La fábula sigue siendo un género vigente y atractivo en recreaciones como la presente que se distancian de los relatos plenamente moralizantes y se construyen con calidad literaria”. Monterroso nos presenta la fábula remozada, adaptada a nuestro tiempo, con una ácida crítica a las formas y convencionalismos sociales, desnudando realidades muy nuestras a la luz de los animales; el texto, ameno y bien escrito, hace del libro algo muy atractivo, entrañable, y para quien se deje, fuente de consejos, que no de moralinas”. Ese juicio implícitamente remite a las fábulas de tipo tradicional, que para los especialistas de literatura infantil, no parecen adaptarse a nuestra realidad. La selección no aparta a los autores clásicos, pero quizás las fábulas, cuya moraleja es demasiado simplista (“moralinas”), y más cercana a un tosco sentido común, no se corresponde ya con las exigencias literarias actuales. Aunque las fábulas de Iriarte son una referencia de la literatura española clásica, incluso para los niños, hoy en día ya no parecen ofrecer el valor poético y literario que ostentaban en el pasado, y tan solo se ofrecen a los niños como cuentos algo moralizantes, de allí que no aparezcan bajo su forma en verso original.

Esto significaría que las fábulas de Iriarte, en su reactualización, se han vaciado de su propósito original, que era una enseñanza en cuanto a normas literarias, para reducirse a unos meros relatos maravillosos, donde los personajes son animales que difunden una moraleja, y queda claro que en este tipo de fábulas, no son las de Iriarte las más notables, sino las de La Fontaine, Esopo o Samaniego.

Iriarte aparece aún hoy en día como un clásico de la literatura para adultos, pero en cuanto a literatura infantil, el hecho de perder lo que hacía su especificidad e interés le ha restado influencia respecto a otros fabulistas. Pues no olvidemos que las fábulas venían destinadas a formar a futuros escritores, a la par que eran modelos de buenas lecturas, y fue esa dimensión didáctica, relevante en el siglo XIX, la que hizo que estas fábulas se convirtieran en libro de lectura obligatorio en las escuelas. Cabría ver ahora concretamente cómo eran utilizadas las fábulas en el siglo XIX, y cómo aparecen hoy en los libros de textos de los jóvenes españoles, desde primaria hasta bachillerato, para intentar comprender porque han dejado de ser las fábulas de Iriarte una referencia en didáctica literaria.

El Iriarte didáctico o las *Fábulas literarias* en los libros de textos

En el siglo XIX, las fábulas de Iriarte se convirtieron en un hito de la enseñanza secundaria como lo puede dar a pensar la publicación reiterada de los *Elementos de Retórica* de Pedro Felipe Monlau, que en 1868 está ya en su séptima edición. Monlau, catedrático de Literatura e Historia en la Universidad de Barcelona, además de ser individuo de número de la Real Academia Española, precisa en su advertencia que esta obra viene incluida en “la lista oficial de libros de textos, formada por el Real Consejo de Instrucción pública” (Monlau, 1868: 3).

Este tratado resulta interesante a la hora de apreciar la utilización pedagógica de las *Fábulas literarias*, pues se compone de varias partes. Aparece un “arte de componer en prosa y en verso”, basado en las obras de los “preceptistas más distinguidos” (Monlau, 1868: p. 3). Tras exponer esta teoría, Monlau acude a dos obras que presenta como modélicas y que ofrece a modo de apéndice: “la Epístola de Horacio a los Pisones, vulgarmente llamada Arte poética” que él propone en su versión latina, y las *Fábulas literarias* de Iriarte que

“forman un segundo apéndice no menos importante, por los modelos de instructivos apólogos que ofrece, por los ejemplos de la varia versificación que presentan aquellas composiciones literarias, y por facilitar, a discípulos y maestros, variados asuntos de análisis, preciosos consejos, y fecundo texto de provechosos comentarios” (MONLAU, 1868: 4).

Las fábulas de Iriarte son propuestas en su totalidad (67, más las nueve póstumas), junto a una biografía del autor y una presentación general, en la que Monlau insiste en la originalidad e interés didáctico de las fábulas, justificando así su elección:

“Fácil es descubrir en el instinto de los animales, y en sus varias inclinaciones, semejanza con el carácter y las pasiones de los hombres [...]; pero no es tan fácil hallar en los animales muchos argumentos a propósito para dar reglas literarias; y esto es lo que descubrió Iriarte y lo que nos hizo ver con tanta maestría que parece luego su invención obvia y sencilla” (MONLAU, 1868: 17).

A continuación, Monlau propone la serie completa de las fábulas, precedidas de su versificación. La moraleja en prosa aparece junto al título en el sumario, lo que puede acentuar el carácter didáctico de la obra: se facilitaba sin duda una búsqueda rápida del aspecto literario que se pretendía analizar o estudiar.

Los comentarios elogiosos de Monlau sobre las *Fábulas* bien nos muestran que por lo menos en el siglo XIX, Iriarte había logrado lo que era uno de sus objetivos principales: dar muestras acabadas de escritura literaria, servir de referencia y modelo para futuros escritores, además de proporcionar una enseñanza de tipo moral (“instructivos apólogos”). Monlau reparó en el adjetivo “literaria” que calificaba las *Fábulas* y que las diferenciaba de otras fábulas como las de Samaniego: no presenta a un Iriarte moralista, sino a un Iriarte preceptista, asemejado a un Horacio español, lo que no carece de gracia, teniendo en cuenta la acogida bastante negativa que recibió en su tiempo la traducción al castellano por Iriarte de dicha *Arte Poética*. Iriarte parece haber superado en el siglo XIX a su rival Samaniego, y eso justifica a posteriori la autosatisfacción que manifestaba Iriarte en su “advertencia del Editor”.

Iriarte aparece aquí como modelo de retórica, como elemento imprescindible de la formación secundaria de los jóvenes españoles del siglo XIX, lo que le confiere un lugar privilegiado, no alcanzado por otros fabulistas. Ese lugar preeminente lo pierde Iriarte cuando se trata de enseñanza primaria. Efectivamente, en las escuelas, venían sus fábulas junto a las de Samaniego y Esopo, lo que puede parecer lógico, en la medida en que ya no se trataba de enseñar a los niños a compo-

ner versos, o a ser escritores, sino de darles buenas lecturas, tal como puede apreciarse en una *Colección de fábulas escogidas de los autores D. Tomas de Iriarte y D. Félix María Samaniego, estraídas de las ediciones mas correctas, y adicionada con varia poesías de difícil lectura para el uso de las escuelas primarias* de 1843, cuyo editor (anónimo) justifica su empresa en el prólogo de la manera siguiente:

“he resuelto la publicación de lo más selecto de dichas fábulas, no dudando que esta empresa será acogida con aprecio por todas las personas inteligentes en la materia, y señaladamente por los encargados de la primera enseñanza de esta provincia a quienes con particularidad se dedica” (*Colección*, 1843: 1).

Otra selección de fábulas, realizada por Florencio Janer, y que incluye, además de los dos escritores del siglo XVIII, a Esopo, viene a subrayar la doble dimensión (y también pues la ambigüedad) de las fábulas de Iriarte, a la vez obras morales y literarias.

En 1882, Janer nos propone pues su tercera edición de las *Fábulas de Esopo, Samaniego e Iriarte*, con el subtítulo: “Colección ordenada y escogida para ejercicios de lectura en prosa y en verso en las escuelas españolas y americanas”. El prólogo parece muy revelador de la dimensión privilegiada, la didáctico-moral:

“los apólogos han formado siempre, si podemos valernos de esta expresión, una ciencia compendiada, en que se hallan sentencias filosóficas y morales de la mayor trascendencia, disfrazadas con el agradable artificio de la fábula” (JANER, 1882: 4).

Esta cita muestra que lo esencial para los niños es la enseñanza moral difundida por las fábulas, libro de lectura edificante. Janer parece borrar aquí lo que constituía la especificidad de las fábulas de Iriarte, es decir, la dimensión literaria, tal como lo precisa en el prólogo:

“no echando en olvido que su doctrina se dirige a los vicios literarios, o que pretende dar con preceptos para servir de norma a los escritores, en vez de corregir las pasiones y costumbres generales, como las de Esopo y Samaniego” (JANER, 1882: 4).

Esta restricción es aparente, pues Janer no renuncia completamente a la particularidad de las fábulas de Iriarte, como lo sugiere la presencia al final de la fábula de la moraleja en prosa, como si ofreciera, a pesar

de todo, a su público la base de reflexión literaria que tuvieron los primeros lectores de las *Fábulas literarias*.

En una edición ulterior (se trata de la sexta edición, de 1903, ilustrada con 70 grabados, pero sin diferencia en cuanto al contenido), se nos proporcionan algunos datos acerca de Florencio Janer, que resulta ser “individuo de varias academias y bibliotecario del Escorial” y se nos recuerda que esa obra ha sido “aprobada para servir de texto en Puerto Rico, por decreto de 20 de octubre de 1875, y en la península e islas adyacentes, por Reales Ordenes de 30 de enero de 1879 y 20 de diciembre de 1886”. Estas precisiones son prueba de la real fama de las fábulas, como pilar de la enseñanza primaria a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX. Esto viene confirmado por el hecho de que los niños españoles gozaban también de otra selección de fábulas, cuya primera edición parece ser de 1884 y que venía establecida por Clemente Cortejón, presbítero y catedrático numerario de retórica y poética en el instituto provincial de segunda enseñanza de Barcelona. Las tres ediciones a las que he tenido acceso son de 1895, 1906 y 1934. No presentan diferencias notables, salvo en el número y calidad de los grabados ofrecidos a los niños, y la aparición/desaparición de la moraleja en prosa y de la métrica, lo que no deja de ser revelador de la ambigüedad de las funciones de las fábulas de Iriarte, género híbrido, que resulta difícil de calificar.

El prólogo de la obra ensalza la fábula como género lleno de méritos. Tras subrayar el interés moral de las fábulas, recuerda que ponen en práctica el precepto del *utile dulci* (Cortejón, 1895: 5). En fin, alude a lo que constituye el interés de las fábulas de Iriarte, respecto a las demás, en términos ditirámicos (1895: 8): “En las de Iriarte campea una agudeza verdaderamente ática, y es más que probable que queden siempre por su acendrado estilo, como hermoso modelo castellano de ese género de literatura”. Las palabras usadas en esa cita evidencian la calidad literaria de las fábulas de Iriarte, y justifican su elección: Iriarte es presentado como un modelo de elegancia literaria, en el siglo XIX y gran parte del siglo XX, además de cumplir la misión moralizadora característica del género. Iriarte siempre es la referencia en cuanto a estilo, y sin duda eso es lo que justifica el lugar preeminente que sus fábulas detentan en las antologías consultadas, que pueden ser consideradas como libros de textos.

Las fábulas de Iriarte eran consideradas como el fundamento de la cultura literaria de los jóvenes y los niños empezaban leyéndolas en las escuelas primarias, para luego dedicarse a su estudio literario (retórica y poética), en la secundaria. En su conjunto, eran proveedoras de enseñanzas útiles y agradables, una aplicación directa del *utile dulci* de Horacio, pero la particularidad de Iriarte era que no solo se leían o memorizaban sus fábulas, sino que además estas se habían convertido en un tratado de poética para los docentes del siglo XIX.

Esta parece haber sido la norma hasta por lo menos los años cuarenta o cincuenta del siglo XX, ya que el franquismo, y habría que confirmarlo mediante un análisis detenido de los libros de textos de la época, había hecho especial hincapié en las fábulas tanto de Iriarte como de Samaniego, cuya moraleja sencilla y asequible bien cuajaba con el propósito moralizador de la enseñanza. Esta relevancia de las fábulas explica que generaciones de españoles hayan crecido con ellas, y podríamos recordar lo que confesaba el mismo José Miguel Caso González (1928-1995):

“Hay que poner de relieve un hecho social: los niños de mi generación, y aún de las siguientes, todavía hemos sido lectores, incluso apasionados, de las fábulas de ambos autores. No sólo porque nuestros libros de textos incluyeran algunas, sino porque nos hemos leído completas ambas obras en nuestra infancia, en nuestra adolescencia, e incluso después” (*Historia de la literatura*, 2005: 158).

Esto muestra que fue la combinación de la doble lectura (escolar y privada) lo que aseguró la vitalidad de las fábulas en épocas anteriores a la nuestra. Vimos en la parte precedente que la lectura individual hoy en día se ha ido reduciendo de manera relevante y parece que el mismo desgaste se haya dado en los libros de texto actuales.

Consulté los libros de textos para primaria de cuatro editoriales (Text/La Galera, Vicens Vives, Santillana, Edebé)⁴ con fechas de publicación situadas entre 1998 y 2005, entre los cuales se pueden destacar los libros de la Editorial Vicens Vives, que ofrecen varias fábulas en la serie titulada *Zapín*. En el libro *Zapín 2* (2003: 18-23), se

(4) Los libros de textos que he consultado son de *Lengua y Literatura castellana* y proceden del Depósito Legal de Cataluña (Biblioteca de Catalunya).

propone a los alumnos una fábula de Iriarte, sin que aparezca el nombre del autor: “La rana y la gallina”, en prosa, ilustrada con cuatro dibujos de colores claros y con personajes de líneas suaves. La rana y la gallina (presentados como animales, es decir no vestidos) hablan, como si fueran personajes de cómics, utilizando algunas de las expresiones de la fábula original. Así por ejemplo, el primer dibujo viene encabezado por un cuadro, donde aparece precisada la situación inicial: “Desde su charca, una rana parlanchina oyó cacarear una gallina” (en la fábula, se decía: “Desde su charco, una parlera rana/oyó cacarear a una gallina”). En los dibujos siguientes, la rana y la gallina se dirigen una a otra utilizando las expresiones originales cuando no presentan dificultades de comprensión, o adaptaciones explicativas, cuando el vocabulario parece en desfase con el nivel supuesto de los alumnos. La fábula viene completada por tres páginas de actividades, que invitan a reflexionar sobre el vocabulario. La secuencia termina con un ejercicio de lectura y prácticas de escritura de la ch.

Estas páginas son reveladoras de la utilización que se hace hoy en día de las fábulas: son una base agradable de trabajo de lectura porque introducen a animales, tan frecuentes en los cuentos. No se intenta proporcionar una cultura literaria básica, ya que no se cita al autor. La fábula tan solo es pretexto y presta su vocabulario cuando este es asequible a los niños, en el caso contrario, es adaptado el texto sin ningún reparo. Así, en esta versión de “La rana y la gallina” se utiliza la palabra parlanchina en vez de parlera, tan solo porque el proyecto pedagógico es un trabajo sobre la ch. Tampoco hay reflexión moral: la moraleja viene expresada por la gallina, pero ninguna pregunta permite profundizar ese tema. La fábula se convierte en un texto en prosa asimilado a un cuento, y no a una forma poética que se puede memorizar y/o imitar.

En los libros de la editorial Edebé, se propone una reflexión más profunda sobre la fábula como género, pero se suelen utilizar fábulas de Samaniego. Tenemos que esperar el *Lengua y Literatura 6* (2002: 96-97) para encontrar una unidad titulada “Moraleja” en la que se propone una fábula de Iriarte, “El oso, la mona y el cerdo”. Dicha fábula viene acompañada de la reflexión acerca de la moraleja que ya tuvimos en libros de textos anteriores, y la precede una introducción explicativa: “El texto que vas a leer es una fábula que nos habla de las

habilidades de un oso y de cómo lo valoran una experta en el tema, la mona, y un inexperto, el cerdo”. La fábula viene íntegra, ya que las palabras difíciles de entender son explicadas en un pequeño apartado de vocabulario. Las preguntas que siguen abarcan las dos dimensiones de la fábula, lo moral y lo poético. Tras una preguntas de estricta comprensión, se proponen al alumno tres afirmaciones, que le invitan a descifrar el sentido de la moraleja presente en la fábula. Luego, se le invita a copiar el texto, numerando los versos y marcando las rimas. Finalmente, se le incita a buscar datos sobre Iriarte y Samaniego “dos de los grandes fabulistas que han existido”, a escoger una fábula y a memorizarla. El conjunto de la unidad constituye un trabajo completo sobre la fábula en su especificidad, ya que se entabla una reflexión sobre el lenguaje utilizado, la forma y la moral implícita.

Para este curso, también tuve acceso al libro-guía (2000: 55-57), que propone dedicar 8 horas a la unidad, cuyo primer objetivo señalado es el siguiente: “Expresar el valor de la experiencia adquirida para resolver otras situaciones”. En las orientaciones didácticas, se insiste en lo que el profesor ha de conseguir: “Recomendamos que los alumnos se fijen en la estructura de la fábula, en cómo riman sus versos y en el recurso utilizado para destacar la moraleja” (*Lengua y Literatura 6 - Libro Guía*, 2002: 56). Las palabras en negrita en la edición subrayan lo que constituye la especificidad de la fábula como texto poético-didáctico. Sin embargo, cabe recordar que esta serie es la única en sugerir una utilización completa de la fábula de Iriarte, aunque no se tenga en cuenta la moraleja literaria, sino la que se relaciona con el sentido común (lo que aparece en el objetivo primero de la Unidad).

De estos ejemplos, se puede deducir que Iriarte ya no constituye un elemento esencial de la enseñanza primaria actual. Las fábulas escogidas son siempre las mismas, porque ofrecen una moraleja común, que puede ser utilizada en la vida cotidiana (escuchar a los que saben y seguir sus reglas, no presumir, etc.). Muy pocas veces son estudiadas como textos poéticos, lo que indica que ya no constituyen una referencia literaria para los alumnos de primaria.

En la ESO, se les presenta a los jóvenes un panorama de la literatura española. Según la nueva ordenación curricular de la ESO, el neoclasicismo se estudia en el tercer curso, en las últimas unidades de los libros de texto consultados. De nuevo, es la Editorial Edebé la que

proporciona los datos más interesantes en cuanto a fábulas. En *Lengua y Literatura 3 – Unidad 14* (2002: 254), se ofrece una definición de la fábula: “la fábula, de carácter educativo, ofrece al lector enseñanzas y consejos puestos en boca de animales personificados o seres inanimados”, citando los nombres de Iriarte y Samaniego. Hay que esperar a la Unidad 15, dedicada a la didáctica y al teatro neoclásico, para encontrar una reflexión más profunda. Se propone a los alumnos la definición de la fábula dada por Samaniego, destacando los puntos esenciales: el instruir deleitando, los personajes (animales con actitudes humanas), la versificación, y la moraleja. Se pide al alumno que busque en la fábula de Iriarte, “El burro flautista”, los elementos antes expuestos. A continuación, se propone una fábula de Samaniego (“Las ranas pidiendo rey”) y entre otras actividades, se pide al alumno que escriba una fábula.

En un libro de texto anterior, de la misma editorial (1996), la literatura del siglo XVIII era estudiada en el principio del cuarto curso de ESO, de manera mucho más completa. Tras una presentación general de la poesía de la época, se hacía especial hincapié en la poesía didáctica, y se ilustraba la reflexión con un comentario de texto a partir de “Los dos conejos”. El comentario, que seguía una metodología muy precisa, desembocaba en una actividad de creación literaria (así viene calificada) para el alumno: escribir su propia fábula en verso (1996: 26-28). En los nuevos libros de texto, tan solo se trata de conocer la literatura del siglo XVIII, y cuando se propone al alumno escribir una fábula, no se le exige que lo haga en verso. Es la fábula como género lo que interesa y no el carácter poético del texto, y eso puede explicar que las fábulas de Iriarte se hayan vaciado de su dimensión literaria, para convertirse en meros apólogos. Una muestra de esa falta de atención prestada a los autores me parece que se puede ver en el libro de texto para ESO 2 de la Editorial Castellnou/Almadra (2003), que atribuye falsamente a Iriarte la fábula “El perro y el cocodrilo”, escrita en realidad por Samaniego.

En los libros de la ESO, la fábula aparece sencillamente como un tópico de la literatura, un género que los alumnos deben conocer, como ejemplo de lo que puede ser una poesía didáctica. En los libros de Bachillerato, incluso pierde la dimensión poética, como lo sugiere la precisión que encontramos en los libros de la Editorial Vicens Vives.

Se estudia la literatura del siglo XVIII en el segundo curso, en el que la fábula ya solo merece un pequeño cuadro: “Dentro de la poesía del siglo XVIII cabe destacar la fábula, la que, pese a ser escrita en verso, no presenta las peculiaridades típicas del lenguaje poético” (Bachillerato 2 - Letras 2: Lengua castellana y literatura, 2003: 193). El Iriarte modelo de elegancia poética y de retórica ha desaparecido por completo, y tan solo se insiste en el carácter didáctico, presentado como una de las características esenciales de la Ilustración, como viene expresado en un libro de la Editorial Castellnou/Almadra:ba:

“Fruto del interés por educar al pueblo es el auge de la poesía didáctica. Su manifestación más conocida son las fábulas en verso que, a imitación de Esopo, escribieron Félix María de Samaniego y Tomás de Iriarte” (1998: 185).

Los autores de los libros de textos ya no parecen confiar en las virtudes educadoras de las fábulas, género al parecer pasado de moda, y ya solo testimonio de cierto período histórico, completamente superado en la actualidad.

El análisis de la integración de las *Fábulas literarias*, tanto en el ámbito privado como escolar, permite poner de relieve una pérdida de influencia de Iriarte, y con él, de los fabulistas en general en la actualidad. Al contrario de lo que fueron en el siglo XIX y parte del siglo XX, las fábulas ya no son lectura común para los niños y jóvenes, y en los libros de textos, han dejado de ser presentadas como modelos de versificación.

De la fábula, lo único que se enfatiza hoy en día es su didactismo como rasgo determinante, pero ya no como algo que sirve verdaderamente para educar a los niños o jóvenes. A los adolescentes, se les presenta la fábula como un elemento representativo de la literatura dieciochesca, y así es como se estudia, como rasgo distintivo de un tiempo y de una cultura del pasado, que ya no tiene relevancia en la actualidad.

El recorrido que acabamos de hacer sugiere que las fábulas se han desgastado, en la medida en que ya no pueden ofrecer a los niños aquellos modelos, aquella diversión que proporcionaban a los niños de épocas anteriores. Claro que las fábulas de Iriarte son un clásico de la literatura para adultos, pero aunque reactualizadas, ya no constituyen

un verdadero clásico de la literatura infantil, sino más bien un paso obligado de la literatura española, que ya no despierta la fruición del joven lector. Si las fábulas de Iriarte no gozan de tanta fama hoy en día, me parece que es precisamente a causa de lo que hizo su éxito en los siglos pasados: su carácter literario, que sobrepasaba la enseñanza moral.

Las fábulas de Iriarte que los niños siguen leyendo son versiones en prosa, y se escogen las que más se parecen a las de Esopo y La Fontaine. En fin, en la actualidad, en una época en que tanto la literatura como la moral han perdido influencia, las moralejas sencillas de las fábulas y sus versos ya no pueden rivalizar con los videojuegos, las películas u otras diversiones. Esta falta de interés puede explicarse, a mi parecer, por la manera en que son estudiadas estas fábulas en las aulas, pues como lo apunta Roig (2005: 18):

“la ESCUELA, en sentido de centro de enseñanza en cualquier etapa de formación, fue uno de los elementos importantes en la construcción de cánones, pues en ella se formaba, a través de una tradición de estudios, antologías e historias literarias que ordenaban, jerarquizaban e imponían, a través de la educación, un canon por épocas. En definitiva eran las que canonizaban autores y obras”.

Si seguimos esa definición, puede considerarse que hoy en día, ya no se pretende hacer de las *Fábulas literarias* de Iriarte un canon de literatura infantil, y así, quizás se entienda mejor su falta de visibilidad en nuestras bibliotecas y casas.

Bibliografía

Ediciones modernas de las *Fábulas literarias*

- IRIARTE, T. (1980): *Fábulas literarias*, (Edición, introducción y notas de Carmen Bravo-Villasante), Editorial Magisterio, Madrid, 155 pp.
- (1998): *Fábulas literarias*, (Edición de Ángel Prieto de Paula), Cátedra, Madrid, 202 pp.
- (1999): *Fábulas completas*, (Estudio preliminar de F. LL. Cardona), Edicomunicación, Barcelona, 151pp.
- (2004): *Fábulas literarias*, (Edición de Emilio Palacios Fernández), Debolsillo, Barcelona, 251 pp.

Bibliografía general

- BRAVO-VILLASANTE, C. (1985): *Historia de la literatura infantil española*, Editorial Escuela Española, Madrid, 357 pp.
- CERVERA, J. (1992): *Teoría de la literatura infantil*, Ediciones Mensajero, Bilbao, 382 pp.
- Colección de fábulas escogidas de los autores D. Tomas de Iriarte y D. Félix María Samaniego, estraidas de las ediciones mas correctas, y adicionada con varia poesías de difícil lectura para el uso de las escuelas primarias* (1843). Imprenta de P. J. Gelabert, Palma, 144 pp.
- CORTEJÓN, C. (1895): *Fábulas de Esopo, Fedro, Samaniego é Iriarte; traducidas las de los dos primeros y coleccionadas las de los segundos para servir de lectura en las escuelas españolas y americanas*. Faustino Paluzie, Barcelona, 335 pp.
- (1906): *Fábulas de Esopo, Fedro, Samaniego é Iriarte; traducidas las de los dos primeros y coleccionadas las de los segundos para servir de lectura en las escuelas españolas y americanas*. Hijos de Paluzie Editores, Barcelona, 426 pp.
- (1934): *Fábulas de Esopo, Fedro, Samaniego é Iriarte; traducidas las de los dos primeros y coleccionadas las de los segundos para servir de lectura en las escuelas españolas y americanas*. Imprenta Elveziriana, Barcelona, 330 pp.
- COSSIO, J. M. (1941): “Las *Fábulas literarias* de Iriarte”, en *Revista Nacional de Educación*, sept. de 1941, pp. 53-64.
- COTARELO Y MORI, E.(1897): *Iriarte y su época*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 588 pp.
- Fábulas de oro* (2003), Libro-Hobby-Club, Madrid, 68 pp.
- FERNÁNDEZ, V. (1996): *Mil libros. Una selección bibliográfica*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 294 pp.
- GARCÍA PADRINO, J. (1992) “Literatura infantil y educación”, en *Literatura infantil y enseñanza de la literatura*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 13-25
- Histoiira de la literatura española* (2005), Editorial Everest, León, (Volumen III –Siglos XVIII, XIX y XX), 933 pp.
- JANER, F. (1882): *Fábulas de Esopo, Samaniego e Iriarte*. Libr. De Juan y Antonio Bastinos, Barcelona, 392 pp.

- (1903): *Fábulas de Esopo, Samaniego e Iriarte*. Antonio J. Bastinos, Barcelona, 389 pp.
- LLUCH, G. (2005): “Textos y paratextos en los libros infantiles”, en *Literatura infantil y educación literaria*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, pp. 87-103.
- MARTIN GARCIA, F. (1996): *Antología de fábulas esópicas en los autores castellanos*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 204 pp.
- MONLAU, P. (1868): *Elementos de literatura*. Libr. Clásica de La Publicidad, Madrid, 322 y 116 pp.
- MONTANER, J. (1917): *Poesías castellanas para los niños*. Edit. Muntañola, Barcelona, 2 vol., 92 y 93 pp.
- REPOLLÉS, J. (2000): *Las mejores fábulas*, (Selección de), Ed. Optima, Barcelona, 522 pp.
- ROIG RECHOU, B. (2005): “Literatura infantil y juvenil y canonización”, en *Literatura infantil y educación literaria*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, pp. 16-25.
- VILLALBA, M. (coord.) (2005): *Lectura y literatura infantil: Claves*. Aljibe, Málaga, 300 pp.